

Sábado XXVII del TO
Ciclo B



12 de octubre de 2024

Gal 3, 21-29

Sal 104

Lc 11, 27-28

P. Eduardo Suanzes, msp

En el Evangelio, ya Lucas había retratado, en los relatos de la infancia de Jesús, a María, su madre, con rasgos evocadores de un discípulo ideal. Ahora, cuando en este trozo que hemos leído hoy, entre el gentío, una mujer grita: «¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!», Jesús responde: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan».

Rápidamente extraemos la conclusión de que, para Lucas, **la escucha de la palabra precede e implica un «obrar» cristiano de un nuevo tipo**. La liturgia ha traducido el verbo final por “la ponen en práctica”, pero el griego dice originalmente «la guardan». Guardar la palabra es hacerla crecer, hacerla producir, mantenerla viva. Es decir, que aquí se está hablando de perseverancia y de que el complemento obligado de la fe es el «guardar» la palabra en el sentido de mantenerla viva, hacerla vida. En efecto, se trata para Lucas de hacer vida, es decir, de *encarnar la Palabra de Dios* de una forma tan concreta como un embarazo o un alumbramiento¹. En un sentido teológico y espiritual, aplicado a nosotros mismos, será lo que Juan en el Prólogo de su Evangelio hablando de Jesús dice: «y la palabra se hizo carne». Para Lucas, se trata ahora de que esa Palabra de Dios se haga carne en nuestra vida, se cristalice, se haga patente, en nosotros. Por tanto, la intención, además de Lucas en este episodio, es la de ponernos en guardia, advertirnos sobre nuestras disponibilidades personales frente a la realidad del Reino².

Considerando, pues, toda la obra de Lucas, en este dicho que hemos escuchado, se percibe una adecuada valoración —no un rechazo— de María. Su verdadera bienaventuranza no consiste simplemente en la conexión física con Jesús como su madre, sino en su actitud de alguien que escucha y obedece la palabra de Dios³. Jesús nos indica sencillamente en estos dos versículos cuál es la actitud que define a su verdadera familia y además es una «bienaventuranza» en toda regla. Una vez más, Jesús cambia el enfoque de la cuestión y pone como centro de la auténtica «bienaventuranza» no precisamente los vínculos de carne y sangre, sino la escucha de la palabra de Dios y su puesta en práctica.

La aclamación de la mujer que alza su voz entre la gente tiene un sabor típicamente maternal; entusiasmada por la elocuencia de Jesús, deja escapar una «bienaventuranza» en

¹ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según San Lucas*. Ed. Sígueme. Salamanca 2002

² Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *El Evangelio según Lucas. III. Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987

³ Cfr. JOHN P. MEIER. *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. T. III. Compañeros y competidores*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 2003

la que resuena el texto de Proverbios: «*El padre del justo rebosa de gozo, quien engendra un sabio por él se regocija. Se alegrarán tu padre y tu madre, y gozará la que te ha engendrado*»⁴

A primera vista, la réplica de Jesús parece tremendamente negativa con respecto a su madre. La primera «bienaventuranza» es una exaltación espontánea, ingenua, sincera, un piropo a la madre de un hijo como ése⁵. En cierto sentido, la exclamación de la mujer recoge las propias palabras de María en el Magnificat: «*De ahora en adelante, todas las generaciones me proclamarán dichosa*»⁶; la predicción se cumple en ese grito espontáneo de una mujer judía. La segunda «bienaventuranza», la que pronuncia el propio Jesús, parece indicar que no se debe medir la generosidad de Dios por la elocuencia de las palabras o por la realización de exorcismos y milagros, sino, más bien, por una humilde sumisión a la palabra de Dios y por la práctica de sus exigencias. Que es exactamente lo que hizo María, porque ella «*guardaba todas estas cosas en su corazón*»⁷. Recordemos, además, que en la visita de María a su prima Isabel, ésta la llama «bienaventurada» o «dichosa», no por ser la madre del Señor, sino porque «*ha creído*»⁸, que es lo que pasa exactamente en este pasaje del evangelio de hoy.

Bien mirado, la segunda bienaventuranza, la de Jesús, no anula la primera, la de la mujer anónima, sino que establece un sistema de prioridades y corrige una primera interpretación errónea de la primera frase. Lo que Jesús está diciendo es: «¡Desde luego! Pero, ante todo, dichosos los que...». En resumen, que aquí se reconoce que la madre de Jesús es digna de toda alabanza, no precisamente por haber engendrado a tal Hijo, sino esencialmente porque también ella —según la presentación de Lucas— pertenece a los que escuchan la palabra de Dios, creen en ella y la ponen por obra.

Y es que Lucas se ha preocupado muy mucho de la figura de María. En efecto, esta descripción positiva de María comienza en el relato de la infancia, especialmente en las escenas de la anunciación y la visitación; continúa en el ministerio público y llega hasta los primeros días de la Iglesia, en que María —junto con los hermanos de Jesús— espera la llegada del Espíritu en Pentecostés⁹

⁴ Prov 23, 24-25

⁵ En España diríamos: «¡Viva la madre que te parió!»

⁶ Lc 1, 48

⁷ Lc 2,19.51

⁸ Lc 1, 43

⁹ Lc 1,26-56; 2,19.51; 8,19-21; Hch 1,14